

# «QUE ESTÁS EN LOS CIELOS»

Hugo McCord



Esto es lo que Dios declara: «El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies» (Isaías 66.1). El lugar en el cual vivimos ahora no es más que el estrado de los pies de Dios, y a Sus ojos no somos más grandes que langostas (Isaías 40.22). El hombre natural, corriente, no puede conocer lo profundo de Dios (1<sup>era</sup> Corintios 2.10, 14); no podemos saber todo lo que Jesús dio a entender cuando dijo: «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mateo 6.9). Gran parte de lo que es, y será, no ha sido manifestado a nosotros (1<sup>era</sup> Juan 3.2).

Sin embargo, hay algunas cosas acerca de Dios, que Él nos ha revelado por medio de hombres inspirados. Como resultado de ello, por medio de las enseñanzas de los escritos sagrados (inspirados por Dios), no tenemos que ignorar todo el universo. Podemos incluso gustar de los poderes del siglo venidero (Hebreos 6.5), habiendo recibido algún conocimiento del cielo donde se encuentra Dios.

## VARIOS CIELOS

La Biblia habla de varios cielos, sin embargo la expresión «siete cielos» se originó en la literatura humana. Uno de los cielos que se describen en las Escrituras es en el que vuelan las aves: «[...] aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos» (Génesis 1.20). Más allá del cielo de las aves y de las nubes y el aire se encuentra la morada de las incontables estrellas, el sol, la luna y los planetas. A esa región también se le llama cielo en las Escrituras: «Haya lumbreras en la expansión de los cielos» (Génesis 1.14).

Que al cielo de las aves se le pueda llamar primer cielo, y al de las estrellas segundo cielo, no es algo que yo sepa. No obstante, Dios no nos ha dejado sin conocimiento de la existencia del tercer cielo, al cual se le llama Paraíso. A ese lugar fueron Jesús y el malhechor que estaba en la cruz (Lucas 23.43), como también Pablo (2<sup>a</sup> Corintios 12.2, 4). Desde el tercer cielo, Pablo y Jesús

volvieron a esta tierra. Aunque estuvieron en el Paraíso, no estuvieron donde el Padre vive; pues después que Jesús visitó el tercer cielo, esto fue lo que dijo: «Aún no he subido a mi Padre» (Juan 20.17).

## LA EXISTENCIA DEL CIELO DE DIOS

A los ateos les encanta que los astrónomos no hayan podido encontrar el cielo del trono de Dios, diciendo que esto prueba que es sólo ficción. Estos bien podrían, usando la misma falacia, «probar» que la vida no existe, puesto que la vida misma no puede ser ubicada y ni siquiera definida en un sentido estricto. ¿Debería dudarse de la existencia del cielo porque los telescopios finitos no pueden encontrar la morada del Infinito? Los lentes materiales no podrían ver un cielo inmaterial aun si estuviera dentro de su alcance. «Dios es espíritu» (Juan 4.24), y «un espíritu no tiene carne ni huesos» (Lucas 24.39), sino que es «invisible» (Colosenses 1.15).

Además, a medida que nosotros los humanos nos asombramos de los constantes descubrimientos de los astrónomos, de un universo que es cada vez más gigantesco, los ateos deberían decir humildemente: «Mejor no decimos nada, porque todavía no sabemos qué es lo que hay más allá del alcance de los telescopios, mucho menos lo que hay más allá de todo el espacio físico». Que no se ensoberbezcan los ateos ni se entusiasmen con sus propias presunciones. Que sean quebrantados sus espíritus como lo fue el de Job, que dijo: «Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía [...] Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42.3b-6).

El afirmar que el cielo no existe es presunción, no sólo de conocimiento total de nuestro universo, sino también de lo que está más allá de nuestra esfera de existencia. De hecho, tal afirmación es

presunción de omnisciencia. Uno tendría que saberlo todo para poder negar la existencia del cielo, pues si sólo hubiera una cosa que el hombre no supiera, ello podría ser que el cielo existe. Además, uno tendría que ser omnipresente para negar la realidad del cielo, pues si sólo hubiera un lugar en el cual un hombre no haya estado, ese podría ser el cielo. En lugar de la afirmación de los ateos, una actitud más agradable y más razonable es la de David, cuando dice:

Oh, Señor, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron;  
Ni anduve en grandezas,  
Ni en cosas demasiado sublimes para mí.  
En verdad me he comportado y he acallado mi alma  
Como un niño destetado de su madre;  
Como un niño destetado está mi alma  
(Salmos 131.1-2; NASB).

Los incrédulos afirman que el decir que Jesús fue recibido «arriba» (Hechos 1.9) en el cielo, significa que doce horas después (debido a la rotación de la Tierra) el cielo estaría «abajo». De este modo, se burlan de Jesús y de la Biblia. No obstante, si la morada de Dios fuera material, el cielo podría estar alrededor de todo nuestro universo a un mismo tiempo, envolviendo completamente nuestra morada. Es más correcto y sensible sentarse a los pies del gran Maestro, teniendo fe en que el único realmente bueno y universalmente reconocido Hombre inteligente de las edades, sabía de qué estaba hablando cuando prometió llevar a Sus amigos a la morada de Su Padre.

### EL CIELO DE DIOS

Hay un cielo donde está el Padre, al cual «nadie subió» (Juan 3.13) —esto es, nadie excepto Jesús, que descendió del cielo y desde entonces ha vuelto a este para sentarse a la diestra del Padre. Salomón le llamó al lugar donde Dios mora «el altísimo cielo» (1º Reyes 8.27; NASB).<sup>1</sup> El profeta Isaías y el apóstol Juan tuvieron el privilegio de mirar dentro de esa grandiosa habitación, y a usted y a mí se nos permitirá vivir allí por los siglos de los siglos. Alto y sublime está el Señor en Su trono, semejante a piedra de jaspé y de cornalina. Sobre Su cabeza hay un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Lo alaban ángeles en número de diez mil veces diez mil. Vuelan Serafines sobre el trono —con los ojos y los pies cubiertos— diciéndose unos a otros: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (Isaías 6.3).

Estando en la tierra, Jesús recordó haber vivido

en el cielo de Dios, y anhelaba volver: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese» (Juan 17.5).

Si existe tal supremamente glorioso lugar como el altísimo cielo, entonces toda autoridad sobre los hombres y los ángeles reside allí. El oído de toda criatura que está allí y de toda criatura que está sobre la tierra debería oír al que está sentado en lo elevado de Su trono. «Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra» (Habacuc 2.20).

Los seres humanos, por lo tanto, no tienen derecho de reunirse en congresos para votar qué es lo correcto —acerca del divorcio, la bebida, el bautismo, el baile o cualquier otro tema. «Ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos» (Jeremías 10.23b), pues no está en él el camino que debe andar, siendo el pecador mortal que es. En vista de que los concilios no pueden levantarse por encima de sus propias debilidades y pecados, no puede sentarse un hombre en el templo de Dios y hablar como Dios. Ningún hombre ni grupo de hombres posee derecho alguno de legislar en religión para el resto de nosotros.

Los predicadores a veces animan a los convertidos a «hacerse miembros de la iglesia de su preferencia». Sin proponérselo, prácticamente están destruyendo al Padre altísimo. Están haciendo vana aquella parte de la oración de los discípulos que dice: «en los cielos». ¿No ha escogido Dios la iglesia de la cual se hace miembro un convertido? Sin intención, entonces, tales predicadores están ensalzando a hombres pecadores y degradando al Único que puede salvar.

Cuando a los convertidos se les dice que ellos pueden elegir el bautismo «de su preferencia» —rociado, derramado, inmersión— más de un error se comete. El error más básico es no entender qué es el bautismo, al creer que no importa cómo se bautiza a la persona. El «cómo» del bautismo es un mal uso del término, a menos que uno piense en inclinar al candidato hacia adelante hasta que se sumerja, como lo hacen los menonitas, o piense en inclinar a la persona hacia atrás, como la mayoría de los demás lo hacen.

Según Robert Richardson, cuando Thomas Campbell estaba haciendo sus primeros bautismos, «se paraba sobre una raíz que sobresalía de la orilla del estanque, e inclinaba hacia abajo la cabeza [de los candidatos] hasta que estuvieran sepultados en el sepulcro líquido». Un convertido sincero le preguntó a N. B. Hardeman, mientras estaban de pie dentro del río: «¿Por qué no

simplemente me agacho?». Gus Nichols cuenta acerca de un predicador [de habla inglesa] que insistía en hundir al candidato en posición erguida hacia abajo porque el carcelero se bautizó «en seguida» (Hechos 16.33; KJV).<sup>2</sup> A menos que los anteriores casos representen «modos» de bautizar, no hay ninguno. Dios mandó bautizar, que equivale a sumergir.

El error del cartel en el que se ofrece a la gente la opción del bautismo de «su preferencia», error que nos preocupa primordialmente aquí, es la idea de que Dios no tiene preferencia acerca del «cómo» de su bautismo. A decir verdad, el hombre pecador está en tinieblas y no sabe cómo dirigir sus pasos. Puesto que el que mandó el bautismo ha vivido sin pecado y ahora mora en luz que el hombre no puede acceder, no le corresponde al hombre decidir el «cómo» del bautismo.

Por lo tanto, cuando al orar digo: «que estás en los cielos», lo que estoy diciendo es que Dios está absolutamente al mando. Al orar con tal actitud, no sólo reconozco el supremo poder y única sabia soberanía de Dios, sino que también los confieso; y alabo a Dios porque está en los cielos. Preste oído a las palabras de admiración que expresa el rey Josafat:

Jehová Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y tienes dominio sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder, que no hay quien te resista? (2º Crónicas 20.6).

Una de las razones por las que el rey Salomón le aconsejó a un mortal que contara con sumo cuidado sus palabras fue esta: «Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras» (Eclesiastés 5.2).

Cuando en oración digo: «que estás en los cielos», además de afirmar Su dominio en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra, ayer, hoy y mañana, también proclamo otro gran atributo del Altísimo. Estoy diciendo que Él observa a todos día y noche, en Occidente y en Oriente; que sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres (Salmos 11.4). Cómo lo puede hacer, es algo que no entiendo; tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; es demasiado alto; no lo puedo comprender (Salmos 139.1-16). Dios conoce mi sentarme, mi levantarme y mi andar por el camino. Desde lejos Él entiende mis pensamientos. Antes que yo naciera, fueron hechos Sus planes para mí: «Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de

ellas» (Salmos 139.16).

El ojo que todo lo ve sabe cuando un Caín se levanta en un campo y mata a uno que es inocente. Ve a un Acán que roba un exquisito manto babilonio, siclos de plata y un lingote de oro. El Omnipresente y Omnisciente que está en los cielos facultó a un profeta anciano y ciego para saludar a una fingidora, diciendo: «Entra, mujer de Jeroboam. ¿Por qué te finges otra?» (1ª Reyes 14.6). Cuando un cauteloso Giezi inventó una historia para recibir vestidos y plata, el que ve desde los cielos habilitó al profeta Eliseo para que viera en todo momento al siervo infiel: «¿No estaba también allí mi corazón [...]?» (2º Reyes 5.26).

Mientras los inicuos deben temer y temblar por el ojo que todo lo ve, los buenos son grandemente consolados. El mismo ojo que ve la maldad también ve toda buena obra. Dios es justo; no olvida su obra de fe y de amor cuando ministra a los que tienen necesidad. No solamente ve Su ojo toda ofensa en contra de un niño, sino que también ve todo acto de bondad para con Sus pequeños.

#### **LA ATENCIÓN DE DIOS DESDE EL CIELO**

Es de gran valor la idea de que usted no tiene que ser poderoso, para llevar a cabo grandes obras para así llamar la atención del que está sentado en el trono en los cielos. Aunque un vaso de agua sea lo único que usted puede dar, deje que su corazón se extienda para darlo; no perderá usted su recompensa. Tal vez no haya ojo terrestre que observe cuando usted coloca un saco de harina a la puerta de una familia necesitada, pero su Padre que ve en secreto le reembolsará con intereses.

Puede que haya habido un tiempo cuando usted habló con un prójimo acerca del evangelio de los cielos y lo llevó a ser lavado en la fuente de la sangre limpiadora. Tal vez no recibió felicitaciones del predicador ni de nadie más, pero usted no hizo la obra para tal galardón de todos modos. Usted se estaba regocijando en su justificación y libertad de pecados y en su aprecio de Jesús, y usted deseaba que su prójimo también participara de tan gloriosas y duraderas experiencias. El ojo que todo lo ve, vio su amoroso acercamiento y expresiva persuasión; escudriñó su corazón cuando usted procuraba convertir a un pecador. El propósito de Dios es que usted resplandezca con el brillo del firmamento, porque Él ha prometido que «los que enseñan la justicia a la multitud» resplandecerán como las estrellas a perpetua eternidad (Daniel 12.3).

¡Cuán consoladora y fortalecedora es la idea de que Dios está observando! Hagan lo que hagan o digan lo que digan los hombres de usted, por

medio de una devoción no fingida al Padre que observa, usted puede hacer suya una gran promesa: «Porque los ojos del SEÑOR contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él» (2º Crónicas 16.9; NASB).

### **EL CIELO ESTÁ CERCA**

El hecho de que el Señor está alto y sublime en los cielos no hace distante a nuestro Dios. Es cierto que está sobre todos, pero también está por todos y en todos (Efesios 4.6). No sólo reina en los cielos, sino que también vive en los corazones de los que son de Cristo. Cuando usted obedece al evangelio vienen invitados de arriba. Cuando usted es bautizado, Dios envía el Espíritu como un don y una garantía siempre presente de su redención eterna (Hechos 2.38; 5.32; Gálatas 4.6; Efesios 1.13-14). Además del Espíritu Santo (1ª Corintios 6.19), hay otros dos estimables visitantes: «Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (Juan 14.23).

Si usted me pregunta cómo puede el Dios de los cielos, que está en Su templo (Salmos 11.4), vivir al mismo tiempo en usted, yo sólo le puedo decir: «No lo sé; sólo sé que lo hace». Dios es fiel (2ª Timoteo 2.13), y la Escritura no puede ser

quebrantada (Juan 10.35). Cristo está en el cielo a la diestra del Padre (1ª Pedro 3.22), pero cada Día del Señor Él participa de la comunión con Sus santos sobre la tierra (Mateo 26.29). Él puede estar a un mismo tiempo en lo alto en medio de la gloria y en una humilde casita donde se encuentren dos o tres reunidos en Su nombre (Mateo 18.20). La exaltada trascendencia del Padre y Su cercana presencia en hombres piadosos son realidades inexplicables pero tranquilizadoras que se han conocido y apreciado por largo tiempo. Isaías escribió:

Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados (Isaías 57.15).

Cuando usted ore, ore a su Padre que está en los cielos.

---

<sup>1</sup> N. del T.: En la Reina-Valera se lee: «los cielos de los cielos».

<sup>2</sup> N. del T.: La expresión «en seguida» en la KJV, es «straightway», que es muy parecida a «straight down», que significa «derecho hacia abajo».